

Emily Dickinson, Charlotte Perkins Gilman,
Nicolái Gógol, Alice James,
Guy de Maupassant y Lu Xun

Locuras

Traducción de Teresa Lanero Ladrón de Guevara,
Ana Mañeru Méndez, Elia Maqueda López,
Fernando Otero Macías,
María Milagros Rivera Garretas
y Juan Luis Zafra García

Prólogo de Espido Freire



PALABRERO PRESS

Primera edición: octubre de 2017.

Copyright © Sabina editorial 2012, 2013 y 2015
De la traducción © Teresa Lanero Ladrón de Guevara,
Elia Maqueda López, Fernando Otero Macías
y Juan Luis Zafra García, 2017
De la presente edición © Palabrero Press, 2017

Ilustración y diseño de cubierta: Lydia Mba
Maquetación: Lluç Julià

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistemas de recuperación de información, distribuida o transmitida por ningún medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, sin permiso

Palabrero Press
Han Hoekstrahof 133
1628WT Hoorn
Netherlands
www.palabreropress.com

Publicación original: «Un fou», *Le Gaulois*, 1885; «The Yellow Wallpaper», *The New England Magazine*, 1892; *Poems by Emily Dickinson*, Boston: Roberts Brothers, 1890; *Alice James, Her Brothers—Her Journal*, New York: Dodd, Mead, 1934; «ЗАПИСКИ СУМАСШЕДШЕГО», *Арабески*, 1835; «狂人日記», *新青年*, 1918

ISBN: 978-94-91953-10-1
Depósito legal: S. 310-2017
IBIC: FYB
Impresión: Kadmos
Impreso en España – *Printed in Spain*

Prólogo a esta locura

Espido Freire

Puedo decir, sin riesgo a equivocarme, que todas las escritoras que me han interesado se han enfrentado en algún momento de su vida a la acusación de estar locas: desde Teresa de Jesús, cuya resuelta defensa de que las voces que escuchaba procedían de Dios y no del Diablo le salvó la vida frente a la Inquisición, a Carson McCullers, alcohólica, depresiva, incesantemente tentada por la muerte, pasando por Isak Dinesen, que vivió con el pavor a que la sífilis arrasara su mente. Tantas, tantas mujeres locas y brillantes. Las autoras más recientes se han alejado, de manera paulatina, por los pelos, por los años, de la locura, aunque no todas: los tratamientos y los diagnósticos, más eficaces, han ayudado a algunas. La libertad, la conquista de la independencia y la palabra han salvado a otras.

En el caso de los autores hombres no puedo ser tan tajante. Gozaron, por suerte, de una única discriminación, la de ser artista, o algunos, de dos, la de ser pobres, pero fueron varones: sus voces, si se alzaban lo suficiente, eran escuchadas, y se sacudieron mucho antes de encima la prohibición social de escribir, de leer, de atreverse a crear vidas paralelas.

Se encuentra entre los locos, por supuesto, Edgar Allan Poe, quizás el más paradigmático de todos. Pero no hay rastro de locura en Shakespeare o en Cervantes, que, sin

embargo, centraron dos de las más fascinantes obras de la historia de la literatura en la personalidad de sendos locos: *Hamlet* y *Don Quijote*. Trataron también otros aspectos de la locura; el Licenciado Vidriera, o Macbeth, en su monomanía violenta, Otelo, el celoso patológico, o los delirios de la delicada Ofelia, o de los bufones, siempre al límite de la peligrosa verdad y disculpados por su ridícula figura o su fragilidad mental.

Dickens, Dumas, Defoe, Wilde no parecen particularmente enfermos pese a que en su biografía abundan las situaciones difíciles: infancias tristes sumidas en la pobreza, amoríos desquiciantes, encarcelamientos, persecuciones... Desde luego, como notables observadores de la realidad, describieron procesos enfermizos, con la fascinación de quien no entiende, pero analiza, y no dejará de hacerlo hasta que desvele el misterio. La locura vista desde el exterior se reviste de un aura mística, casi deseable. Relacionada con el olvido, o con la capacidad visionaria, para los autores la locura ya no posee una línea directa con los dioses, pero continúa siendo el último territorio romántico.

Quizás la conexión entre la locura y la divinidad perdure durante más tiempo en los grandes relatos de los autores rusos del siglo XIX. Dostoyevski era epiléptico. Desconocemos cuánto de su padecimiento mental fue originado por la insuficiente atención a esa enfermedad. Tolstoi devino un místico, y Turguénev, un hombre triste, pero pese a la tentación de asociar la locura a la genialidad, sería arriesgado ir más allá.

Pero no olvidemos que vivían rodeados de locos, de *starets* con visiones místicas y con el don, en ocasiones, de curar. El más famoso de ellos sería Rasputín, que pagó con su vida la confianza que los últimos zares depositaron en él, y que cultivaba con esmero tanto su aspecto de *mujik* (estaba

de moda, como en casi todos los fines de era, el ruralismo), como sus profecías, alucinaciones y raptos de locura. Rasputín era conocido indistintamente como *el monje loco* o *el monje santo*.

El loco ruso, como se refleja a la perfección en *Los hermanos Karamazov*, mantiene la esencia del aedo o del niño: una inocencia primigenia, una incorruptibilidad alejada de las exigencias sociales y de las maneras. Como el arcano que inicia el Tarot, El loco, marcado con el número 0, los locos rusos se encuentran en tránsito, de pueblo en pueblo o de idea en idea, iluminados por algo invisible. No olvidemos la corriente de illuminati o de alumbrados que sacudió Europa unos siglos antes, y que defendían comportamientos desordenados, báquicos, cercanos al desenfreno y la locura. En el siglo XIX esa misma filosofía golpeó Europa, bajo la secta de los *jlystý*.

Pero esos locos raras veces escriben: son sus discípulos quienes lo hacen, quienes traducen sus enseñanzas o transmiten las frases murmuradas en sus arrobos. La locura de ese tipo, observada desde la mente inquisitiva de quien se siente a salvo, no aborda el drama de quienes además de pobres, analfabetos y errantes, padecían una enfermedad invisible y que les marcaba como si vistieran un hábito.

No, la locura aparece en la historia literaria como el privilegio de los frágiles y los ricos (es el caso del joven lunático que aparece como advertencia al protagonista en el *Werther*), o como la más radical manera de rebelarse de los violentos. Segismundo detecta con horror la locura del mundo, la misma de la que se queja Hamlet: los dos príncipes saben que los tiempos están desquiciados, que el mundo se encuentra del revés, y que solo un loco puede comprender su complejidad. Maldita suerte la suya el que les corresponda acometer esa labor.

Incluso encontramos épocas históricas fascinadas por la locura: lo estuvo el Barroco, volvió a estarlo el Romanticismo. Donde aparece el mito del doble, no se encuentra demasiado lejos la locura: Mr. Hyde, Carmilla. Donde hay espejos, aunque sea en el gran teatro del mundo, dentro de la escena, también ronda con sus uñas largas y sus cabellos desordenados.

Esta cuidada edición de Palabrero tiene el buen gusto de no compilar los ejemplos más obvios. Por desgracia para esta sociedad, no puede decirse que Alice James, o Emily Dickinson, Charlotte Gilman o Gógol sean lecturas habituales. Maupassant, más conocido, abre la antología. Lu Xun, el más exótico a ojos occidentales, la cierra. En todos ellos, una mirada franca y directa a la locura. Una descripción entrecortada, vehemente, de cómo se vive en una mente enferma, o de la fascinación por la violencia, frente a la que se duda entre resistirse o entregarse.

Hablamos aquí de la locura expuesta desde el interior, es más, en diarios. Algunos han sido encontrados, esa estructura de la que yo, como lectora, soy entusiasta, y como escritora, fanática. La voz de quien nos lo ofrece hace que esos documentos perturbadores sean preservados a suficiente distancia del lector por el narrador, que sirve de intermediario, y que nos permite mirarnos entre nosotros y decirnos que sí, efectivamente, el autor de este diario está loco, qué horror.

Pero otras veces no contamos con esa mínima barrera de contención, y nos sumergimos de lleno en la mente de quien nos cuenta su realidad. Quizás el ejemplo más desgarrador sean los poemas de Emily Dickinson. Esa dama blanca encerrada en su casa, en sus historias y en sus relaciones personales, intensas, extenuantes, se acerca tan peligrosamente a aquello que tememos que cada frase comienza y acaba en el silencio.

Y yo, y el Silencio, cierta Raza extraña
Naufragada, solitaria, aquí –

Y entonces una Tabla de la Razón, se rompió,
Y yo caí más, y más abajo –

La poesía, desde luego, se adapta mejor a cualquier otra manifestación de locura que cualquier otro género: por su capacidad, imbatible, de generar imágenes, por su anarquía en la forma, por la decidida apuesta contra lo evidente. Pero aun así, Emily Dickinson no concede ninguna de las habituales tablas de salvación al lector. No solo dinamita el espacio (la mayoría de estos textos comienzan en la realidad, para llevarnos a quienes los leemos a territorios mucho menos cómodos) y el tiempo (esa forma de habitar la vida de manera transitoria, ese orden de hechos que ya no importa en la locura), sino que convierte a los personajes en líquidos. El yo puede pasar a ser tú en cualquier momento. La identidad se desvanece, deja de ser fija y constatable.

Gógol, por ejemplo, en su «Diario de un loco», escoge un personaje que deja de ser quien es para pasar a ser quien sueña, y los mensajes para ese yo más real, elegido y auténtico, aparecen en lugares muy distintos: en los gestos de los otros, en los animales, en las noticias... Por supuesto que se preocupa por la realidad (leer el periódico era un gesto que marcaba tanto su pertenencia a su generación en la época como lo es ahora para nosotros tener un móvil), y se angustia por el inexplicable hecho de que en España, la España del siglo XIX, vaya a ser reina una mujer. ¡Una doña en un trono! Es perfectamente cabal. ¿O no?

El encanto de estos autores, sin excepción, pese al tiempo y la distancia que media entre ellos, reside en que no sabemos cómo, no sabemos cuándo, nos introducen en un

territorio perverso y sin normas. ¿Qué frase marca el declive? ¿Cuándo comenzamos a sospechar que lo que nos cuentan cada uno de ellos deja de ser sensato, o una exageración oral, o una mala apreciación nacida del dolor o de la ira para transformarse en locura?

Maupassant nos coloca bajo las narices un diario póstumo: nunca se escribió para ser leído, nos dice, ahí se encuentra, sin filtros ni tapujos, el interior espantoso de un hombre que no parece, por la seca descripción externa, compatible con la locura. Si algo es, precisamente, es el custodio del orden, de lo reglado.

Pero él mismo se desliza, de manera juguetona, hacia lo prohibido. No contaré aquí lo que el lector debe descubrir, pero este cuento de una crueldad extrema, precisamente por la contradicción que supone que aquellos a los que damos poder lo empleen para perseguir sus propios fines, posee una escalofriante actualidad. Por otro lado, lanza al aire una pregunta que aún hoy rebota en las paredes sociales. ¿Es la maldad última, la psicopatía, una forma de locura? ¿Cuándo se decide que dar un paso más es lo que deseamos, si nos coloca, precisamente, fuera de todo lo que simbolizamos, de lo que defendemos? ¿Puede hablarse de locura si hay una intencionalidad?

Como en todos los caminos iniciados, el regreso no resulta posible: no se vuelve igual, o ni siquiera se vuelve. Una vez que hemos sido iniciados en algo ya no se puede no saber, sino solo olvidar. «Diario de un loco» de Lu Xun no hubiera arrancado (lo sabemos por su reconocida admiración y estudio del de Gógol) sin el del ruso. Pero tampoco, es posible, sin el relato de Maupassant. Las fuentes literarias brotan de la tierra sin demasiadas normas, pero casi siempre unas nacen o desembocan en otras, y una de las cordilleras que transitan son las coincidencias temáticas: del monte

de la Locura manan hilillos inconexos de los que muchos beben.

El loco de Maupassant es el loco más feliz: aquel que ve apagado su fuego, y que, perfectamente escindido, convive entre realidades. Los demás no lo son tanto, o no lo son en absoluto. Tanto el de Gógol como el de Lu Xun no saben nadar contra corriente, ni ir y volver a las distintas orillas. Sufren, sufren muchísimo por motivos que a los demás les parecen cómicos, pero que no son para ellos sino su vida, su realidad. Como Casandra, solo ellos ven lo que está ocurriendo, y nadie les cree. ¿Por qué no les creen? ¿Cómo puede ser que con la importancia que todo tiene para ellos, con lo relevantes que han logrado ser a fuerza de delirios, y de nombramientos, y de saltar por encima del común de los mortales para convertirse en héroes, en personajes famosos, no solo no les muestren respeto, sino que les humillen?

La soledad de estos locos resulta infinita. Su aislamiento, insondable. Nadie, de ninguna manera que intenten, logra llegar a ellos. Desde esa roca entre las dos orillas a la que se han encaramado ven cosas que solo ellos perciben, escuchan el silencio de Emily, el lenguaje de los pájaros o el latido del tiempo. Qué pobres. Qué ricos son.

Alice James escribe tan bien, con una riqueza de matices tan extraordinaria, que debemos hacer un esfuerzo para recordar que, efectivamente, estaba loca. A diferencia de los otros escritores, que traducen para nosotros la forma convencional en la que entendemos que sus personajes han perdido el norte, en el diario de Alice no hay pausa, hechos y compromisos encajan en una vida normal, de una mujer sobresaliente.

Hay que entender qué significa para ella ese dolor que le acompaña. Unas líneas estremecedoras nos ponen sobre la pista: el momento, en su juventud, en el que todo se ordenó

en un instante y «la certeza de lo que la vida significaba para mí cristalizaba en mi interior». Qué hermosa manera, qué envidiable, de contar lo que le ocurrió. La plenitud, el éxtasis, aquello que Teresa de Jesús revistió de comunión divina. Alice era hermana de un gran escritor, Henry James, que describió el delirio y las ilusiones en *Otra vuelta de tuerca*, y hermana también de un psicólogo relevante, William James. Ambos, cada uno a su manera, estuvieron obsesionados con salvar a esa hermana desconcertante y amada, capaz de matar o de matarse, y a la que, como a tantas en la época, definieron de histérica.

Alice se desgarró por dentro y puede verse línea a línea. A diferencia de en los cuentos, no hay trama. A diferencia de los poemas, no vemos un final. Dejamos a la autora donde la encontramos, en esa lucha que apenas podemos imaginar y que la deja agotada, sin ánimos para un remedio más que probar. Y cuántos probó a lo largo de su vida.

Charlotte Gilman, por último, describe a la perfección, con una lucidez que nos la sitúa entre nosotros, que reconocemos, confortable y reconfortante, el horror que vivía Alice, y que ella misma habitó un tiempo. Me ha entusiasmado encontrar en esta antología *El papel de pared amarillo*, uno de mis relatos preferidos de todos los tiempos. No es una obra demasiado conocida para el lector de habla hispana, pero sí un clásico por méritos propios; durante mi carrera de Filología Inglesa, fue materia de estudio, y fue entonces cuando leí este cuento sencillito, entrecortado, en el que casi nada ocurre, en apariencia. Otro cuento sobre una mujer enferma encerrada.

Poe se especializó en mujeres enfermas o agonizantes en espacio cerrado. Historias hechizantes, fascinadoras; pero tengo para mí que si ambos autores se encontraran, Charlotte le diría lo mismo que la joven Cecilia de la novela de

J. Eugenides, *Las vírgenes suicidas*, le contesta al médico que, tras su primer intento de suicidio, le dice que por qué lo ha hecho, si a su edad ni siquiera ha comenzado a saber lo dura que es la vida: «Cómo se nota, doctor, que usted nunca ha sido una niña de trece años».

Poe contaba lo que veía, lo que imaginaba. Contemplaba a las locas, a las histéricas de su época, con una fascinación no exenta de fantasías eróticas. Charlotte y Alice se encuentran en esa habitación, dentro de ese camisón con encajes, no para ser miradas (la última de sus preocupaciones) sino con objetivos y luchas muy diversas. La primera, que no se note que están locas: la pretensión de normalidad, el engaño sobre su locura, es el primer mandamiento. La segunda, que las dejen salir, que les permitan escapar al menos de la primera prisión, el cuarto, porque no tienen claro que puedan desprenderse de la interior.

Charlotte Gilman me conmueve de una manera extraordinaria, quizás porque cuando leí su relato yo misma sabía de qué me estaba hablando. La depresión que sufrí de adulta, hace unos años, se estaba gestando ya en mi juventud: o quizás fueron los coletazos finales del trastorno de la alimentación que padecí, estrechamente asociado a un estado depresivo. Fuera como fuera, yo había estado en el mismo lugar que Gilman describía, con los mismos miedos feroces que convierten este relato, en apariencia tan sencillo, en una pavorosa historia de terror. ¿Cómo contar aquello de lo que no estás segura ni siquiera de ver, o de sentir? ¿No será mejor entregarse a quienes parecen más cuerdos, a esos que saben más, como dudan en hacer casi todos los personajes de estos cuentos?

A diferencia de las historias personales del resto de los autores, Charlotte Gilman logró canalizar su enfermedad mental y recuperarse. Su ejemplo como autora (del personaje

en primera persona que narra su cuento no diré nada: tendrán que descubrir el final) indica que en el fondo, ella no se encontraba tan errada: la prohibición de escribir, leer o trabajar, la misma que afectó a tantas escritoras locas a las que negaban todo estímulo intelectual, estaba agravando su afección. Una vida nueva, una creatividad que la estaba envenenando por no poder fluir, la salvó de aquel infierno.

No lean, no escriban, dictaban con particular inquina los doctores a las mujeres: perjudica a su feminidad, hiere su cuerpo, pierde su mente. Las quejas de Teresa de Jesús, de Virginia Woolf por las intromisiones o la censura en lo que consideraban tan suyo como su cuerpo, su obra, parten el alma. ¿Cuántas otras habrá habido silenciadas, condenadas a una normalidad aparente, custodiadas por parientes que, con la mejor intención, se encargaban de privarlas de una vía de escape? Lo que para muchos varones fue el manicomio, el asilo, la lobotomía, para las escritoras fue el silencio, la desaparición, la pared en blanco.

No intento insinuar con ello que la literatura, o la actividad creativa, sea la cura para una enfermedad mental, como no lo es el tiempo, en la mayoría de los casos. La terapia adecuada, la medicación correcta que les fue privada por el guiño de haber nacido demasiado pronto tampoco hubiera sido la panacea para algunos de ellos. Puede aducirse, con una visión productiva y totalitarista propia de nuestra época, que sin ese sufrimiento privado nos hubiéramos visto huérfanos de un goce general, del conocimiento y el reconocimiento de nuestra propia locura en ellos. Como argumento resulta superficial, e incluso cruel, como si el artista y su experiencia debieran pagar un arancel extra para nuestro entretenimiento.

Como tantas otras enfermedades antiguas, la locura escapa a nuestro control. No hemos acabado con ella, aunque

en ocasiones logramos mitigarla, se escurre. Las antiguas manías se convierten en locura, la homosexualidad deja de serlo, lo santo pasa a ser psiquiátrico. Pero, como la niebla, impredecible y fascinante, se arremolina en torno a las cumbres y los valles.

Lo que queda entre medias, intuito, sin diagnóstico ni precisión, es la literatura. Aquello que no puede conocerse quizás pueda adivinarse. Lean, curiosen, pasen. Regresarán a un lugar seguro, a su mente, al final de este viaje, se lo aseguro.

Salvo que no lo deseen. Cada lector es libre. Cada texto, una puerta que se abre.

Un loco

Guy de Maupassant

Traducción de Teresa Lanero Ladrón de Guevara

Murió siendo jefe de un alto tribunal, un magistrado íntegro cuya vida irreprochable era conocida en todas las cortes de Francia. Los abogados, los consejeros jóvenes y los jueces se inclinaban con profundo respeto al saludarlo, mientras su gran figura blanca y delgada se iluminaba con unos ojos brillantes y profundos.

Se había pasado la vida persiguiendo el crimen y protegiendo a los débiles. Los estafadores y los asesinos lo tenían por su peor enemigo, pues parecía leer los pensamientos más secretos del fondo de sus almas y desentrañar sus misteriosas intenciones con solo mirarlos.

Así pues, murió a los ochenta y dos años rodeado de homenajes y acompañado por los lamentos de un pueblo entero. Unos soldados con pantalones rojos lo escoltaron hasta la tumba y otros hombres con corbata blanca derramaron sobre su féretro palabras de aflicción y lágrimas de apariencia sincera.

Sin embargo, este es el extraño documento que el notario, desconsolado, descubrió en el escritorio donde acostumbraba a guardar los expedientes de los grandes criminales.

Su título era:

¿POR QUÉ?

20 de junio de 1851. Salgo de la sesión. ¡He ordenado condenar a muerte a Blondel! ¿Por qué habrá matado este hombre a sus cinco hijos? ¿Por qué? A menudo nos encontramos con gente que halla voluptuosidad en la destrucción de la vida. Sí, sí, debe de tratarse de algún tipo de voluptuosidad, tal vez de la mayor de todas. ¿Acaso no es matar lo más parecido a crear? ¡Hacer y destruir! Esas dos palabras encierran la historia del universo, toda la historia de los mundos, todo lo que existe, ¡todo! ¿Por qué resulta embriagador matar?

25 de junio. Pensar que existe un ser que vive, que camina, que corre... ¿Un ser? ¿Qué es un ser? ¡Una cosa animada que lleva consigo el principio del movimiento y la voluntad para regular tal movimiento! Algo inestable cuyos pies no están en contacto con el suelo. Es una semilla de vida que se remueve en la tierra; y esa semilla, llegada de no sé dónde, puede ser destruida a voluntad. Y entonces se acaba, ya no queda nada. Se descompone, se termina.

26 de junio. ¿Y por qué es un crimen matar? Sí, ¿por qué? Al contrario, es la ley de la naturaleza. Todos los seres tienen por misión matar: matan para vivir, matan por matar. Matar está en nuestro temperamento, ¡hay que matar! El animal mata sin cesar, todo el día, durante cada instante de su existencia. El hombre mata sin cesar para alimentarse, pero también necesita matar por voluptuosidad, ¡por eso ha inventado la caza! El niño mata los insectos que encuentra, los pajarillos, los animalitos que están a su alcance. Pero eso no sacia nuestra necesidad irresistible de masacrar. No nos basta con matar al animal, necesitamos también matar al hombre. En otros tiempos, satisfacíamos tal necesidad mediante sacrificios humanos. Hoy, la necesidad de vivir en

sociedad ha convertido el asesinato en un crimen. ¡Se condena y se castiga al asesino! Pero como no podemos vivir sin entregarnos a ese instinto natural e imperioso de la muerte, nos aliviamos, de vez en cuando, mediante guerras en las que un pueblo entero degüella a otro. Se produce entonces un desenfreno de sangre, un desenfreno que enloquece a los ejércitos y del que también se embriagan burgueses, mujeres y niños que, de noche, leen los relatos de las matanzas bajo la luz de una lámpara.

Podríamos pensar que se desprecia a quienes están destinados a realizar estas matanzas de hombres. Pues no. ¡Los colmamos de honores! Los vestimos con oro y ropas esplendorosas; llevan plumas en la cabeza, ornamentos en el pecho; les otorgamos cruces, recompensas, títulos de todo tipo. Son famosos, respetados, las mujeres los adoran, la gente los aclama, ¡solo porque tienen como misión derramar sangre humana! Acarrear por las calles sus instrumentos mortíferos mientras los transeúntes, vestidos de negro, los observan con envidia. ¡Porque matar es la gran ley arrojada por la naturaleza al corazón del ser! ¡No hay nada más hermoso y honorable que matar!

30 de junio. Matar es la ley, pues la naturaleza ama la eterna juventud y parece gritar, a través de todos sus actos inconscientes: «¡Rápido, rápido, rápido!». Cuanto más destruye, más se renueva.

2 de julio. El ser. ¿Qué es el ser? Todo y nada. A través del pensamiento, es el reflejo de todo. A través de la memoria y la ciencia, es un compendio del mundo, de cuya historia es portador. Espejo de las cosas y espejo de los acontecimientos, ¡cada ser humano se convierte en un pequeño universo dentro del universo!

Pero viajen, vean cómo proliferan las razas, ¡y el hombre no es nada! ¡Nada, nada en absoluto! Móntense en una barca,

aléjense de la orilla rebosante de gente y al cabo de poco tiempo no percibirán más que la costa. El ser imperceptible desaparece de tan pequeño, de tan insignificante. Atraviesen Europa en un tren rápido y miren por la ventanilla. Hombres, hombres y más hombres, incontables, desconocidos, que pululan por los campos, por las calles; campesinos estúpidos que apenas saben algo más que arar la tierra; mujeres horrendas que apenas saben prepararle la cena al macho y parir. Vayan a la India, vayan a China, y verán bullir a millones de seres que nacen, viven y mueren sin dejar más rastro que el de una hormiga aplastada en la carretera. Vayan a los países de los negros, alojados en cabañas de barro; a los países de los árabes blancos, cobijados bajo carpas marrones que flotan al viento, y entenderán que el ser aislado, determinado, no es nada, nada. ¿La raza lo es todo? ¿Qué es el ser, el ser cualquiera de una tribu errante del desierto? Y a esas personas, que son sabias, no les preocupa la muerte. El hombre para ellos no cuenta. Matan a su enemigo: es la guerra. Así se hacía antes, de vivienda en vivienda, de provincia en provincia.

Sí, atraviesen el mundo y vean cómo bullen los humanos innumerables y desconocidos. ¿Desconocidos? ¡Ah! ¡Ahí es donde reside el problema! ¡Matar es un crimen porque hemos enumerado a los seres! Cuando nacen los inscribimos, les ponemos nombre, los bautizamos. ¡La ley los acoge! ¡Eso es! El ser que no está registrado no cuenta: mátenlo, en la landa o en el desierto, mátenlo en la montaña o en la llanura, ¡qué más da! La naturaleza ama la muerte, ¡y no condena!

Lo que es sagrado, por ejemplo, es el registro civil. ¡Eso sí! Eso es lo que defiende al hombre.

¡El ser es sagrado porque está inscrito en el registro civil!
¡Un respeto al registro civil, el Dios legal! ¡Arrodíllense!